

La vida como esperanza
La historia de mis años de Holocausto

Por Halina Birenbaum*

(Publicado con la autorización de la autora, Halina Birenbaum)

Habiendo sobrevivido a muchas tragedias durante el Holocausto, encontré mi libertad con un vacío en mi corazón. La inmensidad de la orfandad, ruinas, escombros y cenizas en la Varsovia de posguerra - nada alrededor de mí y como si nada en mí misma... Ya tenía en mis manos una hogaza de pan entera, podía cortar cuanto quisiera. Pero había poco sitio dentro de las cuatro paredes de la casa y en mí también. Yo no quería ser como era mi mamá antes de la guerra, sólo cuidar de la casa, coser, hacer la limpieza - ¡yo era de más edad que ella a pesar de mis quince años que tenía! Recorrí un buen trecho de camino, de la niñez hasta la vejez, la muerte durante esos años de la guerra y ocupación. Tantas veces había mirado a los ojos a la muerte, petrificada por el miedo y la tensión del anteuúltimo momento; tanta gente había sido quemada viva frente a mis ojos -¿cómo entrar después de todo eso en lo cotidiano de la libertad mientras al mismo tiempo estás encarcelada por esas imágenes y voces?



Halina Birenbaum, sobreviviente del Holocausto, poeta y escritora

Soñaba en que si sobrevivía a ese infierno me establecería en una isla desierta... Si sobrevivía, lo que en mi caso era lo menos probable en vista de las leyes nazis, que condenaban el pueblo entero judío a ser exterminado, empezando con ancianos, enfermos y niños... Yo era ilegal en los campos, donde solo se admitía a los jóvenes y de buena salud, y aun eso dependía de cuántos querían dejar con vida como sus esclavos, enviando a los demás a las cámaras de gas. Mi vida y salvación resultaron ser una sucesión de casualidades... Hasta hoy en día.

El nombre de mi padre era Jakub Grynsztejn. En Auschwitz yo fui registrada y encarcelada como Hala Grynsztejn (Halina, para los adultos). El padre de mi hermano mayor Marek, Abram Balin, murió cuando Marek tenía pocos meses de vida. Más tarde, mi madre se volvió a casar. Sólo dos de toda nuestra familia, Marek y yo, sobrevivimos la guerra y el Holocausto. En 1945, en Varsovia, Marek me registró como su hermana, y obtuvo una partida de nacimiento para mí con el nombre de Balin, ya que todos nuestros documentos se habían quemado. Desde ese momento, en todos mis documentos, mi apellido de soltera figura como Balin. Pero ahora, por lo menos en este recuento de mis años del Holocausto, quiero dejar grabado el nombre de mi padre Jakub Grynsztejn.

En septiembre de 1939 cumplí 10 años y pasé de segundo curso al tercero de escuela primaria. Tenía padres que me amaban, dos hermanos mayores, abuelos de parte de mi madre y padre, parientes numerosos. Éramos una familia bastante pobre. Marek, 11 años mayor que yo, estudiaba Medicina y era un estudiante excepcionalmente talentoso y trabajador. 7 años mayor que yo, Hilek estudiaba en una escuela artesanal. Mi padre era un comisionista, mi madre llevaba la casa y ayudaba al mantenimiento del hogar, tejiendo. Aquel verano, como se rumoreaba que se acercaba la guerra, los padres y hermanas de mi madre con sus familias vinieron a Varsovia. Pensaban que la vida sería más fácil en la capital que en Zelechowo. La familia de la parte de mi padre se quedó en Biala Podlaska



Mi madre Pola Perl Kijewska Grynsztejn de la localidad de Zelechow

El primero de septiembre retumbó la sirena de alarma – y nunca más volví a la escuela. El cielo sobre Varsovia se cubrió con escuadrillas de Messerschmitt alemanes, llovían bombas explosivas y las de incendio, estallaban incendios, y no había nada para apagarlos. Las casas se derrumbaban, enterrando a miles de personas. Semejante infierno duró tres semanas. No había comida, no había agua... Se sacaban conservas alimenticias con pepinos en salmuera de tiendas en llamas, se traía agua de Vistula. La gente caía sobre los caminos, muerta por bombas y metrallas. El estruendo de bombas de día y de noche, el resplandor de los incendios, el olor a quemado y de los cuerpos que se descomponían debajo de las ruinas, el silbido de las sirenas de alarma y de los altavoces que decían: “¡Atención, atención, está llegando, ha pasado, está llegando, está llegando...!”

Durante Yom Kipur, la festividad judía más importante, los alemanes bombardearon con una intensidad más grande el barrio donde vivían Judíos y el fuego cubrió nuestra calle. Eso era la noche que seguía al ayuno riguroso y oraciones ardientes. Salimos corriendo de la casa en llamas, llevándonos lo que más podíamos. Nos escondimos en un sótano de la casa de unos amigos nuestros. Había muchedumbre, olía a moho, exhalaciones humanas y reinaba un abatimiento indescriptible. Algunos de espanto perdían el conocimiento, balbuceaban palabras incomprensibles. Mientras miraba a los adultos y leía sus rostros y la agitación en cada uno de ellos, maduré lo suficiente como para enfrentar la inconcebible realidad del mundo que se estaba viniendo abajo alrededor nuestro.

Y finalmente reinó el silencio. Un silencio de destrucción y luto. En las calles la gente con hatillos en la espalda. Nosotros también estábamos en esa ola buscando un techo sobre la cabeza. Por la primera vez vi a los alemanes. Marchaban arrogantemente por las calles demolidas de Varsovia, como un muro de la muerte, técnico dental invencible. La gente se

apretaba para obtener el pan, y los soldados alemanes sacaban a los Judíos de las filas y les pegaban sin compasión.

Logramos encontrar un cuarto en el domicilio de una dentista paralizada después del choque que sufrió durante los bombardeos. Su marido, también un dentista, murió antes de la guerra. Ella, su dos hijas, y su hijo - técnico dental - ocupaban ahora un cuarto, alquilando los demás cuatro cuartos y la cocina. Elusia, la más joven, dos años mayor que yo, y Erna que era un año mayor que yo, se volvieron mis amigas. Vivimos juntos hasta el “desplazamiento”.

Los alemanes decretaron que todos los Judíos a partir de doce años de edad llevaran en su antebrazo derecho bandas blancas con una estrella de David azul, para apartarlos de otros. Conducían redadas contra los Judíos, fusilaban bajo cualquier pretexto o sin ninguno. Prohibieron a los Judíos viajar en trenes, tranvías, estudiar, rezar en sinagogas, reunirse en grupos más grandes. Declararon toque de queda a partir de las siete de la tarde y una interdicción absoluta de estar fuera de las viviendas. Durante el día las multitudes llenaban las calles. La gente vendía la ropa que llevaba, ropa de cama, ropa interior, todo para poder comprar el pan, que con cada día se volvía más y más caro y peor, patatas heladas, grano, leña mojada. Todo con tal de sobrevivir un día más esperando que la guerra se terminara con una derrota alemana y todo fuera como antes.



Calle Muranowska, en Varsovia.

El espanto iba aumentando cada día más. Enfermedades, hambre. Una vez tras otra en la calle penetraba un grito estridente: “¡alemanes!” - y camiones triunfales entraban en las calles concurridas, las SS saltaban de ellos, disparaban a los que escapaban, con un movimiento de la mano y el grito “¡Halt!” paraban a los hombres y dando golpes les hacían subir en los camiones. Entraban en las casas judías para sacar los muebles, mercancías de las casas y tiendas, arrastraban a los propietarios - padres, sus hijos y los fusilaban.

Los rumores sobre un Gueto para Judíos se confirmaron, como todas las peores e inimaginables profecías. Un muro alto nos separó a fines de otoño 1940 de los “Arios”. Los alemanes ordenaron a todos los Judíos dejar en una hora sus casas y concentrarse en un terreno estrecho de la región más pobre de Varsovia. Hicieron entrar acá también - y eso a pie - a los Judíos de otras ciudades y pueblos, matando a los debiles durante el traslado, y a los enfermos los mataban en sus camas. Centenares de miles de personas quedaron sin ningún techo sobre la cabeza, ¡ya no tenían nada! Vivían apretadas en una estrechez imposible en aulas de antiguas escuelas y otros edificios públicos. Pero eso no daba suficiente cabida para todos. Se acostaban en las calles, patios y descansos de escaleras; mendigaban, se hinchaban

de hambre y congelación. No alcanzaban a quitar los cuerpos - se los tapaba con periódicos antes de que llegaran carros para tomarlos y echarlos en fosas comunes.

Yo estaba en esa muchedumbre, crecí en ella y aprendí a vivir en medio de una destrucción general. Jugaba con otros niños, tropezando con la gente en la estrechez de la calle, cerca de esos cuerpos cubiertos con papeles... Más tarde el comité de casa nos organizó para una colecta de dinero para los mendigos y vecinos hambrientos. Sujetábamos con alfiler escarapelas pequeñas a los transeúntes para que ofrecieran un poco de dinero. A veces por la tarde actuábamos en escena en casas de familias mejor acomodadas, donde declamábamos y cantábamos canciones de Gueto o de antes de la guerra. Por supuesto tomaban parte en esas actividades niños y jóvenes que por el momento no padecían hambre y no decayeron de ánimo.

Nuestra familia tampoco moría de hambre aún en esos días. Marek trabajaba en un hospital judío, donde ganaba algo haciendo intervenciones médicas. Un polaco, propietario de una fábrica de conservas alimenticias -Maggi- para quien mi padre mediaba en el suministro de la materia prima de Galicia, nos transfería al Gueto frijol, azúcar morena y conservas en vez de dinero, por el cual no se podía comprar mucho, porque todo subía de precio de hora en hora. La fábrica del ingeniero Strojwas se encontraba al límite del Gueto, lo que posibilitaba esos contactos. Los productos que recibíamos los vendíamos en la mayoría para comprar el pan, patatas y leña para calentar el cuarto.

Yo incluso estudiaba en esas condiciones. Bajo el mando y el dictado severo de mi hermano mayor, estudié en tres años para avanzar del tercer grado de la primaria al primero del secundario. Marek me enseñaba también francés. Quizás para dejar de pensar en la realidad dura, quizás esperando que veríamos el fin de la guerra y entonces no quedaría atrasada en mi educación... Sobre todo leía mucho, también poemas, que rapidito aprendía de memoria. Veía en eso una fuga del espanto que reinaba a la redonda y de las noticias más y más terribles de victorias de los alemanes en el frente, matanzas de los Judíos, construcción de las cámaras de gas para un exterminio de masa en Chelmo, Belzec y -lo más terrible de todos- ¡en Auschwitz! Tenía once años cuando empecé a escribir sobre lo que pasaba en derredor nuestro -no podía contener en mí esa inmensa crueldad, noticias peores y peores y comentarios desesperados de los adultos-.

Dos ventanas de nuestro cuarto estaban tapadas con chapa de madera, y como iluminación nos servía la llama de un tubo de gas y más tarde una lámpara de carburo fétida. Dormíamos en el suelo, mis parientes y hermanos sobre dos colchones y yo, como era la más joven -mi madre siempre me enseñaba a ceder frente a los mayores y yo me rebelaba contra eso- sobre un camastro hecho de un cobertor. Cuando nos habían encerrado a los Judíos en el Gueto, nuestros conocidos nos dieron un diván, una mesa y cuatro sillas. Una vez más tuve que ceder... no había una quinta silla. Sin embargo quedó libre el colchón porque mis hermanos ya dormían sobre el diván.

Por suerte nuestra calle quedó en el Gueto y no tuvimos -como la mayoría de los Judíos- que buscarnos otra vivienda. Los alemanes disminuían algunas veces el tamaño del Gueto y la gente quedaba simplemente en la calle, y morían en masa. La familia de la dentista también pasó hambre casi desde el comienzo. Pues nadie les pagaba el alquiler o se curaba los dientes...

Pasaron dos años en el Gueto. Yo soñaba con que un día me despertaría y los alemanes no estarían ya en Varsovia, que desaparecerían de nuestra vida tan súbitamente como irrumpieron en ella... A fines de julio de 1942 pusieron anuncios en polaco y alemán diciendo que todos los Judíos serían desalojados y enviados a trabajar en el Este. En el Gueto se quedarían sólo algunos, a quienes los alemanes necesitarían para el trabajo en los talleres,

donde se cosía uniformes y zapatos para el ejército alemán, y en las fábricas situadas en el lado "ario". Los Judíos empleados allí recibirían *Aussweise* (salvaconductos); esos pases pronto resultaron ser el derecho para la vida y se pagaba para ellos sobornos enormes.

Pánico y desesperación se apoderaron del Gueto. Completó el espanto la noticia sobre el suicidio de Adam Czerniakow, el presidente de la comunidad judía. El presidente, siempre obediente a los alemanes, no quería firmar la orden del desplazamiento, lo que hizo surgir conjeturas de las más peores. De repente desapareció también la comida. Las palabras: acción, bloqueo, desalojamiento, vagones, Umschlagplatz, se volvieron nuestra única realidad, nuestro único sentido de la vida. Entonces no sabíamos todavía nada sobre Treblinka... Umschlag - eso era una plaza amurallada en el barrio de Stawki, delante de la escuela, donde Hilek estudiaba antes de la guerra. Aquí esperaban todos los días los vagones de carga en los cuales los alemanes llevaban a los Judíos que habían cogido. En primer lugar mandaron a los exiliados de los "Points", los mendigos de las calles, enfermos, minusválidos, hinchados de hambre y de congelación.



Pola Perl y su hermana en la localidad de Zelechow

Yo no preguntaba a nadie, no exigía, no me extrañaba nada -uno sentía todo en el aire, lo leía en los rostros, en el hálito de la muerte y el miedo a la muerte-. Incluso los niños pequeños entendían que había que callarse, enterrar en las tinieblas espesas su ser prohibido, respiración, aleteo del corazón -para que no les descubriesen y mandaran hacia ese enigmático, terrible Este... Nosotros nos pusimos nuestras mejores ropas y zapatos, un par de ropa interior, trajes y jerseys -por si nos agarraban y nos llevaban a un campo terrible- para tener algo para vestirnos o intercambiar las cosas por la comida. Mi mamá puso en el cesto un poco de harina, grano, terrones de azúcar, y una botella de aceite. Nos despedimos de nuestros vecinos. No sabíamos entonces que era para siempre.

La vivienda de tía Fela, la hermana pequeña de mi madre, estaba en otra calle, en el quinto piso. Pensábamos que no llegarían tan alto para arrastrarnos a Umschlag... Mamá quería también estar con su hermana la más querida. A mi tío, junto con un grupo de Judíos, los alemanes lo sacaron del tren y lo fusilaron a pesar de que tenían pases; su hijo Kuba, de la misma edad que Hilek, fue trasladado por los alemanes al trabajo en Starachowice, donde desapareció sin dejar rastro. Eso ocurrió antes de las deportaciones a Treblinka... Quedó sólo la tía con Halina, tres años mayor que yo. A partir de ese momento nos mantuvimos juntas.

Las redadas empezaban a las ocho de la mañana y hacían estragos hasta la tarde. Cada día bloqueaban las calles del Gueto y arrastraban a Umschlag a columnas de miles de judíos. Los alemanes irrumpían en todas las casas y viviendas, en cada piso, llegaban hasta cada escondrijo precisamente camuflado, a sótanos y altillos. Forzaban las puertas y cada barrera con las barras de hierro. Golpeando y disparando empujaban a la gente afuera, de donde los conducían, escoltados por alemanes armados, a los vagones. Cada día, entre 15 y 17 mil judíos, cuanto los vagones podían contener.

Las acciones todo el tiempo aumentaban y arrebañaban cada vez más gente. Las calles se vaciaban, había manchas de sangre en las aceras y carreteras. Edificios fantasma y departamentos quedaban abandonados, quedando solamente cosas desparramadas, cartas, fotografías, plumas volando por todas partes de las almohadas que eran destrozadas en la redada. El silbido de locomotoras irrumpía en mi corazón como el cuchillo: ¡aquí irás, esto te espera, una terrible estación, el fin de todo!...

Mi padre consiguió un buen trabajo en un taller de armado de zapatos gracias a un pariente, porque no teníamos dinero para pagar el soborno. Recibió un certificado que tenía cubrir también a la esposa y al niño del “Judío productivo”, es decir a mi madre y a mí. El director actual había sido el dueño de esta fábrica de zapatos antes de la guerra. Pero esta prometedora y provechosa función no lo salvó de la muerte en Treblinka ni a él ni a su esposa ni a sus tres hijos. Nadie pudo escapar de la todopoderosa sentencia alemana de la destrucción.

Marek permaneció en el hospital que aún funcionaba. Daba la ilusión de que no todos iban a ser deportados, y que a algunos individuos selectos les iba a ser permitido seguir viviendo. Marek tenía un Ausweis, un documento de identidad válido con un permiso de trabajo estampado en él.

Hilek fue llevado a trabajar en el Umschlag, él llevaba una identificación de metal con un número para indicar que era “productivo” y que no debía ser deportado. Tenía que remover los cuerpos de los fusilados o golpeados hasta morir mientras los cargaban en los vagones de los trenes.

El espanto que vi en sus ojos la primera vez volvió de este trabajo, me hizo madurar enseguida. Olvidé mi hambre interminable, mi añoranza de una cuchara más de bolitas de masa, que mi mamá cocinaba por las tardes a la luz de una vela menuda en un vecindario que fue vaciado por las deportaciones. Olvidé arrebatar de su cesta un terrón más de azúcar que ella repartía entre nosotros cada tantas horas para que funcionase como medicina. Hasta el día de hoy no entiendo de dónde sacaba coraje y fuerza esa pequeña mujer con débil salud para cocinar esas bolitas de masa en aquel tiempo.

En ese preciso momento, la expresión en el rostro de Hilek me reveló la tragedia humana, en donde todo lo que se nos ha enseñado o se nos ha transmitido, ya no cuenta o ha quedado lejanamente relegado. De golpe me sentí como si infiltrara el sentido de los más grandes libros del mundo, aquellos no escritos por la mano del hombre. Comprendí a la vez lo inexplicable y el secreto de soportarlo - todo lo demás se convirtió en indiferente y miserable hasta el absurdo. Mi hermano tenía la cabeza entre sus manos y sólo murmuró: ¡no me preguntes para nada qué hacen ellos allí con la gente!

Yo me estrechaba contra mi madre en este escondite superpoblado y mohoso que teníamos, apretaba su mano y retenía el aliento en la mayor tensión cuando alrededor llegaba el ruido de las botas de los alemanes y helando la sangre en las venas el grito: Halt, Jude! Un gemido de dolor, una resonancia de tiros cerquita, como en mí misma. La quietud de mi madre, su tranquilidad, la fe y su deseo obstinado de vivir eran para mí un poste indicador y un fundamento sobre el cual podía madurar y desarrollar muy rápido una sensibilidad y una

agudeza de intuición. Iba caminando con ellos por un camino largo e imposible, por una muerte cotidiana hacia la vida.

Pasaron más semanas, más y más difíciles, viviendo en sótanos y altillos, bajo la continua incertidumbre y el miedo, sin comer, sin ninguna posibilidad de lavarse, quitarse la ropa o zapatos, siempre preparados para lo peor -un transporte hacia el Este. Es donde ya arrearon a centenares de millares de judíos incluso a todos nuestros parientes. Crecía más y más la orfandad y la impotencia.

Estaba anocheciendo cuando bajamos del altillo para tomar un poco de aliento afuera. En una hora tan avanzada no organizaban redadas. Mi padre acababa de volver del taller, Hilek del día de trabajo en Umschlag, y así quedábamos parados después de un día largo como la eternidad. De repente de ambos lados de la calle salieron carros ¡con alemanes armados, lituanos, letones! El escondite en el altillo calentito era ahora un paraíso inalcanzable de una época pasada... La palabra ¡Halt! en seguida traslada a una realidad nueva, la única que existe. Ya estamos los cuatro en una columna que se amplía con los que regresan de las fábricas del lado "ario". Es una emboscada para los de los puestos con los mejores pases.

En la carretera se desparramaron patatas, cebolla, azúcar contrabandeados al Gueto -por ambos lados ellos, nuestros señores y verdugos. Golpes, tiros debido al movimiento más pequeño. Otra vez avancé un siglo en mi maduración. Mi madre asegura que vamos a trabajar en agricultura, que somos jóvenes y con buena salud, que no nos va a pasar nada malo. ¡Solamente tengo que continuar diciendo a todo el mundo que tengo 17 años! Ella pellizca mis mejillas para hacerlas coloradas -una prueba de salud-, me recoge las trenzas en un moño para que parezca más alta. Por una parte todo eso me halaga y me despierta curiosidad...

Me siento como una pequeña partícula en esa inmensa columna de gente, tensada hasta la locura en nervios y pensamientos concentrados. Mi madre nunca me había prestado tanta atención. Me está mirando ahora como si quisiera adivinar mi destino, y defenderme contra él. Nos condujeron a Umschlag. Una muchedumbre de judíos cogidos durante la *Acción* del día, algunos se abrían paso a empujones por la multitud, ¡gritos y apretujamiento! Una búsqueda desesperada de un escondite, agua, niños perdidos, parientes, para que por lo menos salgan en el mismo tren.

De repente los alemanes traen una amatrelladora en el centro de la plaza y apuntan hacia la gente. Se hace un silencio absoluto. Ése es el momento penúltimo... Nos abrazamos fuertemente los cuatro, nos miramos a los ojos profundamente, como se mira antes de partir para siempre. Dentro de un momento ya no estaremos. Hilek podría irse, ya que habrá que limpiar la plaza de cuerpos, pero él se queda con nosotros. Mi padre nos estrecha fuertemente, mi madre se aparta un poco y me mira con atención y amor: todos tienen que morir en algún momento, me dice, nosotros vamos a morir juntos ahora, no tengas miedo, no será terrible... Ahora estoy más allá del miedo; inclusive la muerte me parece algo pequeño y sin importancia, comparada con el poder del sentimiento de este último abrazo – la más completa realización posible de nuestra humanidad que excede cualquier otra cosa.

El silbido de un tren que entra rodando despacio perfora el aire. La amatrelladora ya es inútil. Se lanzan a nosotros con culatas de carabinas, garrotes, disparan contra en esa muchedumbre enloquecida que es metida a la fuerza en los vagones: gendarmes alemanes, la SS, policía polaca y judía.

Gritos desgarradores, maldiciones, llantos. Mi padre dice que va a mostrar su *Aussweis* delante del vagón y que nos dejarán ir, Hilek tiene una identificación de trabajo del Umschlag y no está en peligro. Mi madre no cree en ningún papel, me toma a mí y a Hilek de las manos

y nos aleja lo más posible del tren. Mi padre quiere convencer a mi madre pero va con nosotros para que no nos perdamos. ¡Lo más importante es quedarnos juntos!

De repente, de la nada, un grupo de policías judíos rodea a mi padre. Sus garrotes caen sobre él de todas partes. Por un momento mi padre trata de protegerse con sus manos, después se inclina, los garrotes sobre su espalda, y desaparece en esa ola humana. Para siempre. Ésa es la última imagen que tuvieron mis ojos de él por el resto de mi vida. Ni siquiera tengo una foto de mi padre.

Hilek empezó a gritar, implorar a mi madre: ve al tren, lo que pase con todo los judíos ¡que pase con nosotros! Ellos conocen todos los escondites, nos matarán y a mí me ordenarán deshacerme de vuestros cadáveres, ¡no quiero vivir hasta ese momento! Yo también estaba harta de esconderme y de esa tensión, sentía en mí una fuerza y un apoyo en esa masa humana. Pero mi mamá no escuchaba: niños estúpidos -dijo tranquilamente- este tren es la muerte y para eso siempre tenemos tiempo... Finalmente todo se calló, quedamos tres en un rincón de la plaza. Hatillos por tierra, cosas esparcidas, zapatos perdidos. Un vacío espantoso de cementerio. Hilek nos escondió en un albañal, donde por poco nos asfixiamos. Más de una vez ha sacado cadáveres de allí.

Afortunadamente se demostró que los vagones no daban cabida para todos y un puñado de judíos arrestados quedó en el edificio de la policía. Logramos esperar con ellos hasta mañana, hasta la llegada del otro tren. Mi mamá logró sobornar a un policía judío. Por un anillo de boda, dos kilos de arroz y el traje de mi padre que tuvimos en el escondite del desván él consintió en ¡sacarnos a la “libertad”! Normalmente el precio para conducir fuera de Umschlag ascendía a 10 000 por “cabeza”.

Siguieron semanas de redadas, escondites, tormento, después la gran selección en septiembre en Rosh Hashana (el Año Nuevo judío) llamada redada de la calle Mila, de donde los alemanes llevaron decenas de miles de personas del Gueto -ahora todos sabían que el “desplazamiento” hacia el Este, vagones, Umschlagplatz, significaban simplemente ¡la muerte en las cámaras de gas de Treblinka! De casi medio millón de judíos del Gueto de Varsovia quedaban todavía unas decenas de miles. Nosotros todavía entre ellos. Sin padre.

Orfandad, destrucción, vacío. Alrededor jirones de familias, de vida. Mama trabajaba en un taller, donde cosía uniformes para el ejército alemán, yo -escondida bajo la máquina de coser- cosía botones para tener un derecho de vida. El Gueto ocupaba ahora apenas unas calles separadas cada una de la otra y fue convertido en un campo de trabajo. Hilek y Marek trabajaban ahora en el lado “ario”, de donde traían la comida comprada con las cosas pasadas en contrabando de las viviendas abandonadas por los deportados. Se prohibió a los judíos salir a la calle salvo por una hora por la mañana, cuando se iba bajo escolta al trabajo, y una hora para volver por la noche. La SS patrullaba sin cesar el Gueto, disparaba, preparaban trampas en los desvanes, por donde se pasaba a hurtadillas a otras calles.

Hilek se casó. A los padres de Hela (provenían de Bydgoszcz) se los llevaron durante la redada de la calle Mila en septiembre. En esa selección, nosotros nos escondimos en el altillo porque mi madre había perdido su Ausweis. Fue un golpe de suerte, porque cuando fue le llegó el turno a su taller, los alemanes dejaron de seleccionar e hicieron correr a todos hacia los vagones. Después de la selección, el Ausweis de mi madre apareció entre las cosas desparramadas en el piso.

Se divulgaron rumores de que en primavera los alemanes definitivamente iban a poner fin al Gueto. ¡Varsovia tiene que ser Judenrein -limpia de judíos-! Se comenzó a construir febrilmente refugios debajo de la tierra, teniendo la esperanza de que después de la derrota de

los alemanes, la guerra en Stalingrad ya no duraría largo tiempo y se podría permanecer en ellos.

Abastecieron los fortines con unos camastros, comestibles, agua, ventiladores, barras de hierro para huir del vagón, en algunos con arma-veneno, ¡con tal de no ir a Treblinka!

Se organizaba la sublevación de los judíos. Los miembros de la familia que quedaron en el Gueto ya no tenían nada de perder, no pondrían a nadie más en peligro si resistían. Antes de la Pascua judía (Pésaj) pasamos al Gueto llamado pequeño, a la calle "Mila", donde mamá buscó sitio en el búnker; tenía que pagar por ello. Los guardias alemanes de la misión con la que decidimos pasar por la tarde a "Mila" eran terriblemente brutales y Marek decidió que no llevaríamos con nosotros la alimentación que teníamos preparada. Él la traería al día siguiente...

Mamá cogió solamente su canastillo con la harina, terrones de azúcar y una botella de aceite, lo que no saltaba a la vista. En "Mila" de golpe encontramos a Erna y su madre. Fantasmas vivientes de lo que habían sido en un pasado no tan lejano, igual que nosotras. Me insistieron en que pasara la noche con ellas ¡tenemos tanto que decirnos! Pero Marek se oponía: no podemos alejarnos, no se sabe qué nos traerá el momento siguiente... Marek volvió al piso anterior para coger los comestibles que habíamos dejado allí.

Pésaj (Pascua judía), 19 de abril de 1943, "Leil Haseder"- la noche "Sederowa", mi madre nos despertó violentamente: ¡despertaos, los alemanes han rodeado el Gueto, bajamos al refugio, rápido! Tensión, prisa, miedo aturdido y la esperanza del socorro en los crepúsculos bajo tierra, que nos cortaba del mundo exterior. La luz sosa y débil, bochorno, calor. Nervios, gritos y disputas en los camastros repletos y pasos estrechos. En seguida se reunió aquí más gente, que había sitio. En los camastros se podía moverse sólo yaciendo.

Los alemanes no iban, como antes, de casa en casa para destruir puertas y extraer a los judíos, simplemente prendían fuego en una calle u otra, en una casa u otra. La gente se quemaba viva, se ahogaba por el humo -a los que huían los alemanes los fusilaban en el lugar o los acompañaban a Umschlag. Los refugios, a los cuales no alcanzaba el fuego, los inundaron de agua. El búnker de Erna en "Nalewki" fue sumergido. Se escondían allí varias decenas de personas. El día anterior (¿o hacía un siglo?) Marek no me había permitido quedarme con mi amiga. Ahora él también estaba separado de nosotros. En el escondite sustituyeron el día por la noche para que los que agarran y sus ayudantes no nos oigan y no nos atrapen. Por la noche no iban a buscar.

Nos desvanecíamos de hambre. Mamá nos repartía cada unos horas un terrón de azúcar, una cucharilla de mermelada y un poco de agua. No podía abrirse paso al horno, para preparar esos tallarines de harina - allí siempre llegaban los más fuertes. La gente estaba yaciendo en los camastros o se meneaba nerviosamente al lado de ellos, casi desnuda. El bunker se llenó por encima de su capacidad, porque la gente que huía de las casas ardientes también llegaba a nosotros. El humo penetraba hacia dentro, ya no se podía encender una cerilla por falta de oxígeno. La gente caía en un aliento de estertor. Encima de nosotros el fuego, tiroteo, tanques, cañones y coches blindados contra un manojo de judíos insurrectos, y contra nosotros, escondidos en los refugios subterráneos. Los que tenían más fuerza mojaban las toallas y las agitaban, creando una ilusión de aire fresco. ... Empezaron a compartir hasta la última gota de medicamentos. En el umbral de la muerte ya no se necesita gran cosa, sólo la chispa de la vida exige tanto para conservarse, hasta que se extinga.

Yo yacía en el catre, medio desmayada, cuando mamá me tiró fuertemente del brazo: ¡vístete rápido!, ¡nos han "pescado"!, ¡ya están aporreando la puerta! ¿Cuál es la medida de la derrota? ¿Cuánto tiempo hace falta para tomar conciencia de ella y reiniciar la carrera contra

la muerte?! Una granada arrojada adentro, una escalera bajada, siluetas en uniformes verdes y botas con cañas altas nos transportan inmediatamente a una época diferente: “¡Alles heraus! ¡Fuera! No os va a pasar nada, os vais a trabajar, sólo tenéis que obedecer a las órdenes. ¡Schneler!” ¿Tal vez sea verdad?...

Después de tres semanas de encierro, ¡la luz del día! Incluso nos ayudan a salir por la escalera. Tienen miedo de que tengamos armas y de que alguien empiece a tirar, pues solía suceder en aquella época. Nos sumaron a una columna formada en la carretera – por última vez. Principios de mayo. Huellas de combates en las calles, tanques, coches blindados, ni una casa entera en todo el Gueto, incluso los esqueletos de las casas quemadas han sido volados, para que nadie pudiera esconderse entre ellos. Del otro lado del muro alguien tocaba el piano.

Umschlagplatz. La segunda vez. Mamá, Hilek, Hela, Halina. De nuevo al edificio de la escuela y de la policía. Nos agolparon en el suelo de una de las antiguas aulas. Esperando el tren durante toda la noche, plenamente conscientes de lo que significaba “el trabajo en el Este”. Eso no disminuye la impotencia, pero incluso ese futuro tan cercano, ineludible, parece lejano comparado con la pesadilla de antes del tren. No nos podemos mover a riesgo de que se nos fusile. Una y otra vez aparece algún alemán y escoge a la persona que le ha de entregar dinero, oro, joyas. Uno de ellos ha entrado trayendo botellas vacías.

Pegué la cabeza a las rodillas de mi madre, me tapé los oídos con las manos, mamá se inclinó para protegerme. Aquello pareció durar toda una eternidad o bien yo me quedé pasmada, sin ver ni oír nada. De repente sentí que el cuerpo de mi madre temblaba sobre mi cuerpo, conteniendo los sollozos. Mamá nunca se venía abajo, nunca lloraba. Me quité las manos de los oídos. Silencio sepulcral interrumpido rítmicamente por los golpes del azote. Levanté la cabeza. ¡Mi hermano! La cara de Hilek, golpeada, sangrando, los ojos contraídos por el dolor detrás de los cristales rotos de las gafas. No dejó escapar ni un gemido cuando aquel se ensañaba contra él. Se sentó sin hacer ruido al lado de mamá y Hela. Quería agua, pero mamá sólo tenía una botella de aceite en su cesto...

Como bestias salvajes, ávidas de sangre, irrumpieron en el edificio a la mañana siguiente. Con golpes y tiros nos conducían hacia los vagones. Yo me abría paso entre los que se atropellaban unos a otros en la escalera. Me apretaba a mi madre, para no perderme. El breve espacio desde la salida, pisando los cadáveres hasta el tren se extendió a toda una vida, y ya me es imposible determinar a cuál de las épocas concéntricas de mi vida pertenecía.

Nos encontramos en el vagón. Ningún milagro lo podía impedir. Los alemanes no perdieron nada de su poder ni de su crueldad después de sus derrotas en el Este, la tierra y el cielo no temblaron ni abrieron sus entrañas en un acto de desesperación o misericordia ante la exterminación masiva de una nación. ¡Pero quién pensaría en eso en aquel momento! No había dónde poner el pie, para protegerse contra la muchedumbre que arremetía y podía aplastar. Los SS aporreaban con las culatas a los que se agolpaban en las puertas de los vagones, hasta que caían sobre otros, se aplastaban unos contra otros, haciendo así espacio para los demás... Cerraron de golpe y precintaron el vagón sólo cuando ya no cabía ni un alfiler.

El tren se puso en marcha, las angostas ventanas fueron tapadas por los cuerpos de los más fuertes, que no dejaban pasar ni una boKanada de aire adentro. La gente luchaba por cada centímetro de espacio y unos a otros se peleaban, se pisaban y estrangulaban con su propio peso. Las botellas que de vez en cuando los polacos nos tiraban dentro se arrojaban de las manos e iban a parar en las de los más fuertes. Los SS disparaban contra los que se escabullían por las ventanas, adentro de los vagones. Yo estaba de pie sobre aquel montón pegada a mi madre. Miraba con desesperación la botella en su cesto –un líquido ¡pero no para

beber! Yo sabía ya sobre Treblinka, pero mamá me aseguraba que íbamos a trabajar. Le agradecía que no mencionara el nombre de aquella horrenda estación, no quería ni oírlo.

Y luego ya todo me era igual, porque no podía aguantar más en aquel sitio. Caí al suelo. Otros se derrumbaron sobre mi cuerpo. Me inundó la oscuridad, ya no sentía nada más. De repente alguien cayó sobre mi cara, mi nariz. ¡No podía respirar! Empecé a agitarme con una fuerza sobrehumana hasta que me arranqué de aquel montón asfixiante y de mis propios zapatos atados con cordones, haciendo sangrar mis pies lastimados. Me quité casi toda la ropa, y desde esa montaña de cuerpos agonizantes, alcancé la ventana. Asomé la cabeza, el cañón del fusil del SS que estaba en el escalón casi rozaba mi garganta. ¡Podía respirar, absorbía el aire con todo mi cuerpo!

El tren se detuvo en una estación. Era de noche, llovía. Aullidos, golpes: ¡Raus! Nos ponemos en marcha en una gran columna de gente, andando dentro del fango. De tanta sed tenía ganas de lamer el fango. Sólo tenía puesto un abrigo de hombre, que encontré a oscuras en el vagón. Pero estaba con mi madre, mi hermano, mi cuñada, no nos hemos perdido. Nos enteramos de que estábamos en Lublin. Nos besábamos de la alegría de sabernos en un sitio diferente a Treblinka.

Me abría paso en el fango, apoyándome contra Hilek. Los alemanes disparaban contra los que no podían andar. Mama le quitó unos zapatos de tacones altos a una mujer muerta. Porque yo tenía que aparentar por lo menos 17 años...Hilek arrancó uno de los tacones, pero para el otro ya no le dio tiempo. Justo llegamos a un sitio donde a golpes separaban a los hombres de las mujeres. La gente decía también que separarán a los mayores y los niños. Le dije a mamá que no me siguiera cuando me fueran a llevar. Mamá me miró a los ojos y me preguntó si de verdad creía que podría dejarme así sin más.

Hilek nos abrazó, antes de que el SS le diera con el azote y lo desprendiera de nosotras para siempre. Hilek me advirtió en el último momento que no me apoyara contra mamá porque podría venirse para abajo. Soplaban un viento frío. Estábamos entre una multitud de mujeres en la plaza y mamá me cubría con su abrigo. Decía que pronto nos llevarían al baño, nos darían ropa nueva, y después nos calentaríamos comiendo en una barraca del campo.

La escuchaba con impaciencia. El clavo del tacón arrancado se me hincaba en el talón y me martirizaba. No sabía aún que esos zapatos me salvarían la vida en la selección en Majdanek. Allí, las mujeres de la SS ("*Aufseherinnen*"), mandaban a las mujeres enfermas, con los pies lastimados, al camión que las llevaba a las cámaras de gas. Me detuvo a mí, pero viendo que sólo es por un zapato sin tacón por lo que cojeo, me dejó pasar...

No paraban de formar grupos de mujeres en la plaza y los llevaban a algún sitio. Nos tocó a nosotras. Yo me apoyaba contra mi prima, recordando la advertencia de Hilek. Mamá y mi cuñada iban detrás de nosotras. El dolor en los pies me inmunizaba contra todo, sólo me concentraba en cómo dar el paso siguiente. De repente me encontré en una gran barraca, llena de ropa, donde se nos ordenó dejar la nuestra, a excepción de los zapatos. ¡Por fin el baño! Decenas de mujeres bajo las duchas, también Halina, Hela. ¡Mamá tenía razón, no nos iban a matar, íbamos a vivir, a trabajar! Quería abrazarla, acunarla en mis brazos.... Con creciente pánico la busqué entre las mujeres desnudas. No podía sacar la vista de la puerta - Seguro que dentro de un instante va a entrar. ¡Tiene que entrar! Todavía podía sentir su calor debajo del abrigo con el que me arropaba en la plaza. ¡No entró! Tenía miedo de preguntarle a mi cuñada, no quería saber la respuesta. Me sentí suspendida en un vacío inabarcable, sin salida, sin sentido. Mamá no está, decía la voz incomprensible de Hela, ahora yo soy tu mamá... No entendía el sentido de sus palabras. Daba vueltas y repetía atontada - ¡mamá no está!, ¡mamá no está! Eso no me cabía en la cabeza.

Con insultos vulgares y latigazos sobre los cuerpos desnudos y mojados nos acorralaron en un sitio muy frío. Nos tiraban ropa, unas prendas demasiado grandes, otras demasiado pequeñas, como en un circo. A mí me tocó un vestido de baile, negro con encajes. Hela me lo puso y me lo lió en la cintura para que pudiera andar. Mientras tanto me imploraba: “Halina, ¡no me mires así! Tengo miedo de tus ojos...” ¿Cómo eran mis ojos entonces para espantar tanto? ¿Quién era yo?

Hela luchaba por un poco de espacio en el suelo de la barraca abarrotada, por un cuenco para la sopa (porque su número era muy inferior al de las mujeres, enloquecidas por la sed y el hambre), se abría camino hacia la caldera de la sopa de ortigas, hacia el trozo de pan. No nos separábamos ni un momento. Pero pronto Hela empezó a perder peso, ponerse débil, iba como desapareciendo de un momento a otro. Fue entonces cuando yo la relevé en la lucha por la supervivencia, para no perderla. Más de una vez le entregaba mi ración de sopa, cuando sólo lograba conseguir una, y le juraba que no podía ni probarla. Para que se animara a comer. La protegía con mi cuerpo contra el frío y contra los *kapo*, que enviaban a la gente a transportar piedras. Nos estrechábamos una contra otra durante las pocas horas de descanso en el suelo de la barraca, buscando ánimos una en otra. Compartíamos cada migaja de pan, cada sorbo de sopa, cada observación, que nos transmitíamos por la mirada, cuando ya no había fuerzas para hablar.

Pasaron unos meses de hambre, enfermedades, golpes y trabajos forzados. Selecciones continuas, sin posibilidad de bañarse, de cambiar de ropa. El baño al que nos conducían a golpes desde la plaza de asambleas podía terminar siendo la cámara de gas; nunca se sabía.

En julio de 1943 empezaron a seleccionar a las chicas más fuertes y sanas para mandarlas a los campos de trabajo –el nuestro era un campo de exterminio-. No servíamos para el primero; al segundo me seleccionaron a mí, pero me escapé, porque Hela se había quedado: ya estaba demasiado flaca. Al tercero nos pusieron a las dos. Anotaron todos nuestros datos, repartieron la sopa y nos encerraron bajo llave en la barraca. Abrazadas, en el suelo como siempre, soñábamos con aquel campo mejor. En medio de la noche.

Los alemanes irrumpieron en la barraca, golpeando con las culatas de los fusiles; nos echaban fuera aullando y azuzando los perros. Nos hicieron formar una columna, nos contaron varias veces, hasta que ya nos mareábamos de tanto contar, y nos llevaron... a la cámara de gas. A todo nuestro transporte. Como si fuera un baño, con duchas y todo... Esperamos desnudas durante unas horas interminables.

La tenía a Hela cogida de la mano y miraba las duchas, de donde suponíamos que iba a salir el gas: ¿cómo va a ser eso de morir?, ¿qué es la muerte? ¿Puede que ellos fueran a desaparecer y la guerra se terminaría? Por la mañana resultó que justo aquella noche ¡el gas se había terminado! Habíamos sobrevivido nuestra propia muerte. Los SS nos contaron de nuevo, los prisioneros-ayudantes nos repartieron el pan, que fue devorado en el acto.

Nos llevaron corriendo a los vagones. Otra vez, unos vagones de transporte de ganado, pero con las puertas abiertas, en las que se instalaron cómodamente los soldados de la Wehrmacht. Nos ordenaron sentarnos en filas, una entre las piernas abiertas de otra, para aprovechar cada centímetro del suelo, y bajo la amenaza de fusilamiento nos prohibieron cambiar de posición. Por fin podíamos sentarnos ¿pero quién iba a suponer que aquello duraría dos días sin posibilidad de cambio?

El calor sofocante de julio, la sed, el hambre, y el hormigueo en todo el cuerpo entumecido por la falta de movimiento. Otro tormento, recién experimentado: el de estar sentada. Una mujer de la fila de al lado, que apretaba entre sus piernas a su hija adolescente, se levantó un poco y empezó a implorar por el permiso de enderezarse un momento. El soldado se levantó,

se quitó el fusil del hombro y apuntó. Nos quedamos paralizadas. Pensaba que sólo era para amenazarla, pero ya la bala estaba en su sien. Se fue poniendo más y más pálida hasta que cayó muerta entre los brazos de su hija. El soldado se puso de nuevo el fusil en el hombro, se sentó en su sitio, y sólo gruñó que tiraran el cadáver y que la mocosa dejara de chillar (lloraba muy bajito), ella también pronto se pudriría, ¿no era judía? El tren entró rodando en la estación: Auschwitz. Apareció una gran puerta con una gran inscripción : “Arbeit macht frei”.

Filas de casas de ladrillo, alambres de púa bajo corriente, atalayas con los fusiles asomados por las ventanas, igual como en Majdanek. En las ventanas de las barracas, unas siluetas que no parecían ni hombres, ni mujeres, ni niños ni viejos... Cabezas rapadas, insólita ropa sin color determinado, enormes suecos embarrados, caras inexpresivas. La infinitud del mal. De aquí ya no saldré nunca, pensé, más hundida que nunca. Pero no había tiempo para pensar, había que actuar rápidamente conforme a las reglas de ese nuevo infierno; no perder a Hela en la muchedumbre alocada y aturdida, enterarse cuál de las *aufzeyerka* es la menos cruel, qué profesión declarar para conseguir trabajo en el campo, una posibilidad de sobrevivir, dónde conseguir, ¡por fin!, un trago de agua.

Por la tarde ya nos asemejábamos a las torturadas prisioneras de aquí. Ya teníamos la cabezas rapadas, los números tatuados en el antebrazo izquierdo, una mísera ropa con una larga cruz pintada con óleo, unos zuecos pesados que costaba arrancar del fango. Ya estábamos de pie en la asamblea del toque que duraba varias horas al día, en el fétido fango delante del bloque, en medio de golpes e insultos.

El hambre, las ínfimas raciones de la acuosa sopa de nabicol y de pan, una vez al día, los continuos golpes e insultos, la suciedad, los piojos, todo tipo de enfermedades por las que se llevaban a uno a las cámaras de gas. Sin poder lavarse ni cambiar la ropa podrida por la lluvia y llena de excrementos. La hostilidad en camastros, en los retretes, ante las calderas de la sopa, el trabajo sobrehumano. Y por encima de todo, el olor a carne humana quemada. Lo inhalé días y noches durante casi dos años. Me cruzaba con los que iban a las cámaras de gas pensando que los llevaban a un “buen” trabajo en el komando “kanada”, que abundaba en comida y ropa arrancada a los asesinados. En la rampa se encontraba siempre un sinfín de gente traída de toda Europa a las cámaras de gas, que funcionaban día y noche. No se podía pasar: masas humanas llevadas al gas – y nosotros en dirección inversa, hacia “kanada”, para seleccionar sus pertenencias que iban a ser mandadas a Alemania.

Una vez nuestro komando se detuvo al lado de un matrimonio con un bebé en brazos. Nos preguntaban cuánto quedaba hasta la colonia judía porque había que darle de comer al niño. Callamos. Les faltaban pocos metros para parar en la última colonia en su vida – en el cielo, adonde iba el humo de las chimeneas. En “kanada” trepaba sobre montones de ropa mezclada con fotografías, cartas, paquetes de comida ¡y ya no podía hablar más! Las palabras habían perdido todo el sentido. Me parecía que reunieron aquí y desnudaron a todos los hombres – que el mundo ya no existía y que después de ordenar los equipajes, a nosotros también nos echarían en la hoguera. “Kanada”, es decir *Keine da*, ¡ya no hay nadie!

Siempre decía que tenía 17 años, como me lo enseñó mamá en el gueto. En el campo se abrió un bloque especial para los niños. Ahí repartían pan blanco, leche, mantequilla, y no mandaban a trabajar. Se presentaban ahí también algunas mujeres que con sus cabezas rapadas y su ropa inverosímil parecían niños. Las habían tentado las buenas condiciones de ese paraíso infantil. Se burlaban de mí diciendo que no quería ir ahí para no separarme de Hela. A ella también le podrías ayudar, me reprochaban... Al cabo de unas semanas los metieron a todos en camiones y los llevaron a las cámaras de gas.



Hela Grynsztejn ne'e Herszberg de la localidad de Bydgoszcz

Hela se transformó en un esqueleto viviente. Mejillas hundidas, grandes ojos hambrientos, los huesos de las manos y los pies. Evitaba su mirada cuando me imploraba que le pidiese a la ordenanza una ración de sopa más. Pero yo no podía tender la mano, exponerme a golpes e insultos por mendigar. Prefería entregarle mi sopa. Le explicaba a ella y a mí misma que si salíamos de ahí, tendríamos suficiente comida, y si no, ninguna ración suplementaria de sopa satisfaría la eterna hambre. Hela no tenía fuerzas para prestar atención a mis “razonamientos”.

Sin embargo, todo aquello perdía importancia a la hora del silbato y de las palabras que nos paralizaban: “Todas las judías a la plaza de asambleas” o “Las judías, abandonar la plaza”. Entonces una olvidaba el hambre que hacía sonar las tripas, las horas de rodillas en el fango, en la lluvia y el frío –a veces sin zapatos, porque habían sido robados o bien a veces mandaban quitarlos como castigo por delitos imaginarios. En momentos como aquellos eso equivalía a esperar la sentencia: un gesto de la mano de los “señores”: a la izquierda, la muerte –a la derecha, la vida y más tormentos en el campo.

Iba tras Hela a la plaza delante de los baños. Era un claro día de otoño. Nos formaron en fila, desnudas. Las enfermas, débiles, o simplemente aquellas que por alguna razón no les gustaban, eran dirigidas a la izquierda. Yo seguía con bastante buen aspecto. Pero temía por mi cuñada, para ella ya no había esperanza. Me arrimaba hacia ella todo el tiempo, queriendo taparla con mi cuerpo a medida que nos acercábamos a los SS. Sentía una tensión tan grande que a duras penas lograba respirar. Mengele levantó la mano y ¡mandó a Hela a la izquierda! Le agarré la mano con todas mis fuerzas y la apreté contra mi pecho. Son personas humanas, nada más, la idea me taladraba el cerebro, no son una potencia sobrehumana, pueden decir: sí, ¡y Hela se va a quedar! ¡Eso está en su poder!

Los *kapos* forcejaban conmigo, tratando de arrancar a Hela de mí. ¿Quién es ella para ti? se dejó oír una pregunta fría de Unterscharführer Taube. Es mi madre, hermana, cuñada, no puedo vivir sin ella -hablaba con agitación, como se habla con un ser humano. El dueño de vida y muerte decidió que fuera yo con mi cuñada. La “blokowa” (jefe del bloque) apuntó obedientemente mi nombre y el de Hela en la lista para la cámara de gas. Pero de ninguna manera me dejaba moverme del lugar donde estaba, teniendo en mis brazos a Hela. No voy a morir ahora en la luz del día -me decía yo- y ¡no volveré sin ella! Sentía toda la fuerza de mi vida.

El suplente del comandante del campo, que se encontraba en frente de nosotros en un grupo de oficiales altos que seguían mirando la selección, me llamó con un movimiento de su dedo. ¡Cállate! -interrumpió mi súplica- si no dejas, iras por acá - y mostró el fuego de la chimenea

del crematorio. Si te callas, te liberaré junto con tu Schweigerin. Los oficiales se burlaron diabólicamente, imitando mi “¿Jaaa?” lleno de desconfianza. Hessler ordenó al grupo de supervisores suprimir nuestros números de la lista de los destinados a muerte.

Una bofetada fuerte me hizo caer cuando me eché para abrazar a Hessler llevada por un impulso de gratitud. Nací de nuevo junto con Hela, pero para ella era por poco tiempo. Me dijo después de la selección, mostrando sus piernas y brazos-huesos que ella ya no vivía, que solo respiraba con mi respiración... La persuadía de que la guerra iba a terminarse dentro de poco y que recobraría la salud y volvería a ser como antes.

Hela sabía mejor que yo que la suerte no puede ser revocada. Todavía se arrastraba conmigo, totalmente agotada, para tomar parte en un recuento o al trabajo en el taller de costura. Yo hacía todo lo posible para combatir sus varias enfermedades y aliviarla. Contrabandeaba de las letrinas ollitas donde se aliviaba no pudiendo llegar a la puertas del barracón y apretarse ahí en una muchedumbre de mujeres enfermas con disentería. ¡De centenares de enfermos dejaban salir a 10-15 personas bajo escolta hacia los lejanos y siempre sobrecargados servicios! El hacer las necesidades en recipientes se castigaba casi siempre con muerte. Sin embargo no me descubrieron. No hacía caso a la amenaza del castigo, pensaba sólo en vaciar la ollita que Hela necesitaba tanto.

Le comía fiebre, escorbuto y esa diarrea con sangre continua. Las vecinas del camastro me incitaban a dejarla, tenía tuberculosis y podía infectarme. ¡Ni tenían idea de lo que Hela era para mí, en buena salud o enferma!

Ya no podía descender del camastro, no llegaba hasta ella el sonido del silbido para el recuento. Los *sztubowe* le llevaron en camillas y pusieron en el barro, cerca de mí. Por primera vez estaba sólo durante un recuento. Hela me miraba como si se despidiera de mí, como si me implorara de no olvidarla o como si se disculpara de tener que dejarme. Su mirada de esos momentos se quedó conmigo por toda mi vida. Llevaron a Hela con un grupo de enfermos al hospital. La *blokowa* me prometió llevarme a ella cuando llevara a otras enfermas a ese hospital. Después de esa selección nos trataba un poco mejor. A partir de ese momento no comía mis porciones de pan para dárselas a Hela, esperando que se fortaleciera y volviera a mí.

Estaba acostada en el camastro de arriba, como un espíritu. Su rostro se iluminó al verme, no apartaba la mirada de mí, como si quisiera absorber mi figura: Halinka, ¡has llegado a mí, estás aquí! Ni miró el pan. Ya no lo necesitaba. Y a mí me echaron fuera en seguida con golpes. Me atreví unos días más tarde a preguntarle a la *blokowa* sobre lo que pasaba con Hela. Gruñó que ya no estaba. Yo necesitaba saber si la llevaron a la cámara de gas o si murió en ese camastro. Eso era muy importante para mí. La *blokowa* dejó de maldecir y golpear por un momento. Con una voz humana respondió que Hela murió en el camastro. Pues naturalmente. Tenía 20 años. Ya no me necesitaba nadie, ni yo misma. Me heló un blindaje de indiferencia.

Soledad, alienación y hostilidad había alrededor de mí. Ni siquiera había suficiente aire para respirar. Debía forcejear y pelear por todo. Los trenes con la gente que traían sin cesar hacia la muerte a una plataforma en frente de mi barracón, el fuego de la chimenea, el olor de la carne humana quemada, barro, enfermedades, heridas purulentas en todo mi cuerpo, la sarna, piojos, tifus, selecciones – todo eso era mi realidad cotidiana.

Yo estaba atravesando todo eso y por algún motivo no me convertí en un esqueleto. Me rozaba continuamente la muerte pero me dejaba. Sorpresivamente, recobraba la salud sin medicamentos, no me resfriaba a pesar de estar desnuda y descalza bajo la lluvia, a despecho de las leyes de la Naturaleza... Continuaba logrando esconder las enfermedades, y mi

verdadera edad, que era motivo suficiente para mandarme a las cámaras de gas.. No sabía ya quién era yo, a quién pertenecía. Los que vinieron aquí con el transporte del Gueto de Varsovia y de Majdanek ya se volaron hacía mucho tiempo con el humo del crematorio. Se cambiaban las compañeras en los camastros, llegaban de otros transportes y países, y ellas también caían como moscas.



Auschwitz, Block Nro. 27, Upper bunk, 16 prisioneros

Dos veces pasé Navidades en Birkenau, cuando por un lado del campo brillaban lamparillas de color en un árbol de Navidad, la orquesta tocaba durante la partida y el regreso al campo (además como todos los días) - y por el otro lado una columna de fuego de la chimenea de los cuerpos humanos quemados. Y sémola con leche para las presas, en vez de la sopa de naba leñosa o colinabo - de una manera festiva como era debido para los soberanos que conocían tradiciones y que observaban celosamente el orden viejo en un orden nuevo de Hitler.

Durante una selección de “tifus” sobre la vida o muerte decidía el color de la lengua. El mío no me traicionó - se volvió blanco solo por la tarde después de la selección. No me derribó tampoco una fiebre alta durante dos semanas de trabajo sin comer ni una paliza de un *Nachtwache*. Durante la selección siguiente mi lengua ya tenía un color adecuado... La epidemia de tifus aun sin selecciones dieztaba el campo. Las mujeres caían sin conocimiento durante recuentos, en el trabajo, en hospital, los barracones se vaciaban en masa.

Durante la última selección solo escribían algunas señales en la lista, no traían a nadie a las cámaras de gas y todo cayó en el olvido entre otras pesadillas del campo. Después de dos semanas nos llevaron corriendo después del recuento de la mañana de nuevo al barracón. Nos alegramos de que no teníamos que ir al trabajo y que podríamos calentarnos en camastros... Éramos tres después de la epidemia de tifus. Me tapé junto con Fruma con una manta y ella empezó a hablar de su madre, casa, platos de su madre. De repente se hizo una confusión en el barracón. Empezaron a llamar algunos números, gritar. No prestamos atención, hundidas en buenos recuerdos. El número repetido con rabia golpeó como un relámpago del cielo. ¡Fruma...!

Interrumpió en la mitad de la palabra y saltó del camastro. Se quedó el calor de su cuerpo debajo de la manta, en las orejas el sonido de su voz. Las mujeres destinadas entonces a muerte tenían que desnudarse cerca de la puerta del barracón y, envueltas en mantas ásperas y sombrías eran llevadas corriendo a las cámaras de gas. Fruma tenía 16 años, sobrevivió el tifus en un *komando* difícil pero su lengua no les gustó a los especialistas alemanes.

A Sabina, a cuya madre mataron de un tiro en un vagón durante el camino a Auschwitz, la llevaron a la cámara de gas. Participaba en recuentos y en el trabajo con sus ojos ardientes de fiebre, teniendo una bolsita llena de trocitos de pan que no comió, con sus labios cortados - ¡implorando un trago de agua! ¡Un trago de agua! A la mañana me levantaba mojada de las compañeras con fiebre, al comienzo éramos ¡16 en el camastro! Pero pronto se hacía lugar con epidemias y selecciones continuas.

La *sztubowa* polaca me dejó escapar de otra selección afuera durante la blanca helada donde se pasaba delante del tribunal de la SS desnudas y descalzas. Aun cuando Hela vivía, Stasia de vez en cuando me añadía un poco de sopa que dividía. En Iom Kipur le asignó las tareas solo a las no-judías, y por la noche después de la vuelta del trabajo, encendió una vela en el camastro superior enfrente de la puerta, pidió que no nos separáramos y que rezáramos en silencio cada una a su manera para que sobreviviéramos hasta la liberación.

Gracias a la pequeña Polunia me salvé de castigos pesados en el pelotón de Weberei, porque me ayudaba realizar la norma de las cuerdas trenzadas de trapo y conquistar el material. Después gracias a Polunia y su amistad con la *sztubowa* alcancé la “Kanada”, donde por fin no pasaría hambre por unos fines de semana. Desde allí vi de cerca al proceso de asesinato masivo y pillaje.



Miriam Prajsowa de la localidad de Staszow

La Kapo Alwira de Kartoffelkomando (comando de las patatas) me asignó un trabajo más liviano en un lugar donde se fermentaba la col, donde estaba la calefacción central y bastante col y nabo para comer... No hubiese soportado cargar con las patatas hasta las zanjas en la cavada y barrosa tierra. Luego Alwira me salvó de la marcha de la muerte, en un momento, cuando había caído al suelo y por poco me matan de un tiro en el camino. Se arrastraba conmigo en su espalda, apenas respirando. El padre de Alwira era un judío, su madre era una alemana.

La Señora Prajs y su hija un año mayor que yo, me cogieron asimismo después de la pérdida de Hela. Servían a una *supervisora de bloque (blokowa)* de los nazis, una judía eslovaca y gracias a eso tenían más sopa, más espacio en el camastro, el acceso a los zapatos que eran asignados en poca cantidad - no tenían que estar de pie por mucho tiempo en los recuentos, salir a las selecciones. Las conocí, cuando vine a su barraca con mi porción de pan para cambiarla con las ucranianas por la pomada de alquitrán, que cura la sarna. Ellas traían esa pomada desde su trabajo. Yo quería ver a mi prima, que también estaba en esta barraca. Sin embargo, resultó que la cogieron durante una selección aunque todavía tenía buena

apariencia. Una *blokowa* empujó a Halina fuera de la fila de prisioneras: “¿y ella, Herr Unterscharführer?”. El no rehusó.

En otoño del año 1944 cesaron los transportes al gas. No había casi judíos en Europa. De ellos quedó sólo la ceniza esparcida y las cosas clasificadas escrupulosamente, exportadas a Alemania. Yo también trabajaba en esta clasificación y este envío.

Se acercaba el ejército ruso. Los alemanes destruyeron las cámaras de gas y los crematorios en el intento de borrar las huellas del crimen. Trasladaban los presos a los otros campos de concentración, en el interior de Alemania preferentemente. Se aproximaba el deseado fin del reino de Auschwitz, y si los alemanes no nos mataban como de costumbre antes del abandono del campo, dentro de poco estaríamos libres. Tenía ya 15 años. Por contrabandear las patatas y el col, la señora Prajs me consiguió una ropa caliente, unos zapatos de cuero - una porción suplementaria de pan cada día.

1 de enero de 1945, el Año Nuevo. No nos llevaron ese día a trabajar. El sol y la nieve. Decidí aproximarme a los alambres, lo cual estaba permitido, para compartir con Celina, una amiga de Marek de la escuela, las buenas noticias sobre la mejora de mi situación. Rózka fue conmigo, a pesar de las advertencias de su madre, que no tomábamos en consideración, porque muchas mujeres se comunicaban en este lugar. Celina gozaba del favor de esa *blokowa* por ser enfermera y me ayudaba un poco. Compartían el camastro entre tres con Prajsowa y Rózka. Más tarde la trasladaron al otro sector del campo, que limitaba con el nuestro.

Empecé a llamar: ¡Celina! De repente un tiro y al mismo tiempo un calor y dolor terrible en la mano. El guardia de la torre me apuntó. Corrí a ciegas siguiendo a Rózka. El dolor en mi mano la hacía estallar, si pudiera la arrancaría de mi cuerpo. No veía nada, me caía, me levantaba, me zumbaban los oídos: ¿¡y ahora me mató a mí!? ¿A un paso de la liberación, después de cinco años de sufrimiento? ¡No dejaré escapar a mi vida! ¡No moriré! Resultó que la bala traspasó el brazo, pasó cerca del corazón y paró al lado de la columna vertebral y el pulmón. Me paralizó mi mano izquierda.

No había ya cámaras de gas pero había doctores SS que remataban a los enfermos de gravedad que estaban en camastros. Miraba con espanto la puerta del barracón... Vendrá y acabará conmigo.

Pero resultó que le interesó mi caso. Me dejó salir al centro del barracón para ver mejor, estudió mis heridas y ordenó llevarme en seguida al hospital en el campo de los hombres para que me sacaran la bala y juntaran el nervio... No seguía mis pensamientos a lo que ocurría, no creía lo que pasaba conmigo.

En el barracón pequeño del hospital, en camastros de tres niveles cabían pocas mujeres después de la operación. No eran judías, a las presas judías no las curaban, sólo hacían sobre ellas experimentos “científicos”. Me recibió un enfermero joven. Mostró su interés y complacencia, lo que me animó porque estaba asustada al máximo grado. Me preguntó sobre los detalles del accidente, de dónde llegaba, cuánto tiempo llevaba en el campo. Eran preguntas características, la gente continuamente buscaba informaciones sobre sus parientes separados, ¿quizá vivían en un lugar, alguien los habrá visto...?

No sabía lo que iban a hacer conmigo y tenía miedo de todo y de todos. La presencia benévola del enfermero, un judío polaco me tranquilizaba. Me esperaban dos operaciones: extracción de la bala y juntura del nervio Radialis. ¡¿En Auschwitz?! Se me ponía la carne de gallina ¡con sólo pensar en eso! Perdí mucha sangre, tenía fiebre sin cesar.

Grynstejn Halina	geb.?
Staatsangehörigkeit:	eh. Polen.-jid.
Nr. 48693	
Beschäftigt gewesen als:	
Bürstenmacherin	
Im Lager verwendet als:	
Kommando:	
Arbeitsmäßige Veranlagung:	
Berichtigungen:	
Entlassen:	
Überstellung:	

Halina, prisionera Nro 48693 de Auschwitz

Dos médicos me pinchaban la mano hasta el brazo - no sentía nada. No podía tensar mi mano, mover mis dedos... ¡Lisiada desde los 15 años de edad! Sería mejor si me hubiera matado, decía a veces. Abram se oponía, me enseñaba su dirección en Krosniewice y aseguraba que la guerra se acabaría dentro de poco y que quedaríamos juntos.

Me sacaron la bala de la espalda sin anestesia, el nervio no se dejaba operar porque la mano entera estaba cubierta con ampollas con pus. Eso resultó ser afortunado para mí - en los primeros días después de ser liberada, cuando empecé a comer normalmente, ¡me volvió el uso de la mano! Pero durante meses, hasta ser liberada, tenía que esconder mi lisiadura de los SS en Ravensbrück, de capataces y mocosos de Hitlerjudend en la fábrica de aviones en Neustadt Glewe. Es donde con mi mano buena apretaba los tornillos a varias partes de aviones, sosteniéndolos con mi mano enferma. Escondía mi mano tullida en la manga larga de un abrigo de hombre, el que Abram me puso antes de la evacuación de Auschwitz.

El 18 enero de 1945 nos llevaron por la noche en una columna grande del campo de las mujeres B2B. En la nieve había fogatas; los alemanes quemaban ahora documentos, ¡ya no a seres humanos! Una mujer buscaba a Halina con su mano atravesada de un balazo -tenía para mí un paquete pequeño echado sobre la alambrada. De Abram. ¡El último saludo! Abram se enfermó y murió después de la liberación, no podía soportar la comida después de años de hambre.

Encontré a Celina en un tramo de esa marcha sin esperanza cuando nos arrastraban por carreteras cubiertas de escarcha de día y de noche hasta el tren en Loeslau. Nos instalaron en una estrechez indecible en vagones de carga sin techos. El frío y el viento en la velocidad del tren cortaban como un cuchillo. Llegamos medio muertas a Ravensbrück. Después de horas de quedar fuera en el frío nos encerraron en un barracón penal con las criminales alemanas.

Por dos semanas fuimos confinados a un reducido espacio en el suelo con solo un poco de sopa o un trocito de pan. Las alemanas nos maltrataban. A veces me marchaba a hurtadillas del barracón y me lavaba con la nieve derretida debajo del canalón. Cuando pasaron algunos días nos contaron y de nuevo nos llevaron bajo escolta al tren. Esta vez era un tren de pasajeros, ¡incluso calefaccionado...! Pero los piojos se reanimaron con el calor y nos fastidiaban aún más.



Las letrinas en Auschwitz

Estaba asentada cerca de la ventana y miraba los paisajes de las ciudades y aldeas alemanas que pasábamos. ¿¿Era de dónde vinieron a nosotros y nos mataron a todos los nuestros, nos quemaron todo y tomaron?! ¿¿En esas casitas bellas viven sus mujeres, madres y niños!? ¿¿Sabían de eso!? Si sobrevivo, pensé, quisiera venir para decírselos... En 1989 vendría como una persona libre a Berlín con mi libro “La esperanza se muere última” y la película “A causa de esa guerra”.

Pero entretanto empezaba febrero de 1945 y me esperaban otros meses en el suelo del barracón a Neustadt Glewe. Durante los diez primeros días no nos dieron nada para comer, después nos dieron un cucharón de sopa y un pan para diez mujeres locas de hambre. Lo medíamos con un bramante. ¡A veces el pan estaba verde por dentro de moho...! Durante la marcha de la muerte comía y bebía nieve. Una vez cuando me caía de agotamiento, inclinándome para tomar un puñado de nieve, me encontré en brazos de Alwira. Los alemanes mataban a los que se apartaban de la columna. Todo el camino estaba cubierto de cuerpos.

El 3 de mayo 1945 los alemanes en traje de paisanos subieron a un camión, tiraron una salva de carabinas a la muchedumbre que atacaba un almacén con comida - y se fueron. ¡La puerta del campo estaba abierta! No podía alegrarme de la libertad recuperada en la tierra alemana con mi alma encarcelada en el Ayer eterno. Todavía no había nacido para la alegría, me parecía más a una anciana quemada por dentro.



Mi hermano , Dr. Marek Balin, después de la liberación

Después de varias semanas de vagabundeo llegué con Celina a Varsovia. En el camino al Comité Judío ¡encontré en la calle a mi hermano! Según supe, Marek saltó por la ventanita del tren que iba a Majdanek. Le hirieron de un balazo los de la SS que estaban en el techo del vagón. Llegó arrastrándose a una choza donde vendaron su herida en la espalda y le dejaron dormir por la noche. El Ingeniero Strójwas lo ayudó a salvarse en un escondite en Varsovia. En enero de 1945 Marek era ya libre en Varsovia libre, yo volví de los campos a fines de mayo...

Un año más tarde me puse en camino junto con un grupo de jóvenes salvados del Holocausto y dejados huérfanos, como yo, en viaje ilegal para Palestina. Pasamos furtivamente por fronteras de varios países, durante un año y medio quedamos en un campo de UNRA para emigrantes, después por unas semanas en Francia del Sur.



Halina con miembros del Kibbutz "Shichrur" ("Freedom") en una ceremonia de recordación cerca del bunker de Mordejai Anilewicz, Abril 1946

En noviembre partimos en un pesquero pequeño usando velas porque el motor se estropeó enseguida. Nos escondíamos debajo de la borda para que los ingleses que entonces estaban en el poder no nos cogieran y enviaran a los campos en Chipre. Después de dos semanas de peligros y toda especie de miserias en el mar, el 3 de diciembre logramos abordar la orilla de Tel Aviv sin que nos vieran los ingleses como la primera nave en el país de Israel reconocida por ONU.

Gracias a la gran ayuda de mis amigos polacos y argentinos, tengo la posibilidad de prentarles aquí mi texto en español.